

temblar la pared del hotel... El suelo retumba y se estremece. Terremoto fugaz seguido de bofetadas de aire en todos los cristales... ¡Ésta ha caído más cerca todavía!...»

Pero si sabor tiene este párrafo escrito, más impresionante me resultó oírlo, seguido de otras anécdotas de su estancia en España, cuando lo contaba en el hotel de Hanoi, mezclados con el presente de entonces, y con el porvenir. Porque allí habló sobre el fascismo y dijo que la semilla podía germinar donde menos lo pudiéramos pensar. Preguntaba «¿Qué otra cosa se puede suponer cuando yo vi a niños quemado con azufre en aquella escuela, otros con napalm, bombardeos indiscriminados a aldeas y a la selva misma, buscando el camino Ho Chi Minh que las copas de los árboles nunca han dejado ver...»

Hablaba de cosas tangibles, pero en aquellas conversaciones también novelaba, a partir de la realidad, usaba palabras y frases propias de la mejor literatura. Y todo ello acompañado con la dramaturgia del lenguaje oral. Si se ven lo documentales grabados por el Instituto Cubano de Cine, en los que él habla de La Habana, todos estaremos de acuerdo en su excepcional dramaturgia en la expresión oral.

Del Tribunal Russell pasamos a París donde él, ya novelista, ensayista y periodista de tan vasta y diversa obra era, además, Ministro Consejero de la Embajada de Cuba. Pocos escritores contemporáneos han sido trabajadores cotidianos con la marca de Alejo Carpentier, para quien, por ejemplo, la publicidad tenía normas éticas que no chocaban con el proposición de atraer y por eso trabajó tan intensamente en la publicidad Arts, de Caracas, durante años.

Ya en París, conocí al diplomático y al hombre del hogar. Al novelista que dedicaba las mañanas a escribir, como un sacerdocio, y al escritor al que no se le escapa nada. De tal forma que una vez me invitó a ir con él a la carnicería porque había combinado con Lilia hacer una comida especial por la noche: «Carne de res mechada». Fui a la carnicería y cuál no sería mi asombro cuando Carpentier detallaba al carnicero cómo cortar y qué cortar en la banda de la res que estaba colgada en un gancho. Sabía al dedillo cada parte del animal y cómo y para qué utilizarlo en la cocina.

«Todo le hace falta saber al que escribe», cómo si no, en caso que el personaje sea un carnicero o un pescador podría desenvolverse, mínimamente». Yo diría que es una lección básica para cualquier escritor. Esa noche, por primera vez en París, fui la «pinche de cocina» de Carpentier. Lilia desde la sala nos veía hacer, mezclar, probar, mientras atendía a la visita. A ella aún le gusta recordar esta anécdota porque

Alejo Carpentier era un gran cocinero, un gran mezclador. No sólo condimentaba su prosa inigualable de rango universal, sino las más sofisticadas o las más sencillas comidas:

Recordemos *El recurso del método*: «Varias bandejas y platos presentaban ahí, como dispuestos en suntuoso bodegón tropical, los verdes del aguacamole, los rojos del ají, los ocre achocolatados de salsas de donde emergen pechugas y encuentros de pavo, encarchados de cebolla rallada. Alineadas sobre una tabla de trinchar, había chalupitas y enchiladas, junto al amarillo de los tamales envueltos en hojas calientes y húmedas que despedían vapores de regocijo aldeano. Y las frituras de batata, y las barquillas de coco doradas al horno y aquella ponchera donde, en mezcla de tequila y sidra española, de la de allá, se tomaba en bodas campesinas».

Todavía me pregunto dónde había más fuerza, si en su escritura o en su conversación. Al cabo me decido: eran sus dos canales de expresión inigualables. Uno nutría y retaba al otro.

